



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12605

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

MIÉRCOLES 11 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



EL SEÑOR

Don Pedro Del-Balzo y Gómez

Ha fallecido en Barcelona el día 10 del corriente

Su viuda, hermana, hermanos políticos, sobrinos D. Mariano Galvache, D.ª Victoria, D.ª Dolores y Isabel, sobrinos políticos y demás parientes,

Ruegan á sus amigos encomienden su alma á Dios.

Más que se creía

Cuando anteayer comenzamos á recibir noticias de los resultados electorales del domingo, nos pareció que la jornada había costado una bicoca. Dos muertos y unos cuantos heridos. ¿En qué elecciones no ha ocurrido más?

Pero pasa el tiempo; se va haciendo la luz; las líneas telegráficas que permanecían mudas el lunes se han soltado á hablar y cuentan lo bastante para hacernos variar de opinión en lo que respecta al costo de las elecciones.

Han costado caras; más que caras, carísimas, dándose la rareza de que los disturbios no han ocurrido donde se esperaba, sino donde no se presuñía que ocurrieran.

Efectivamente; al cerrar la noche del domingo se preguntaba todo el mundo:—¿Qué ocurrirá en la capital del principado? ¿Qué pasará en Valencia? Hasta de Madrid se esperaba con ansiedad noticias, suponiendo que aunque reti-

rados los republicanos de la lucha pudieran producirse trastornos en la capital de la nación.

Nada de extraño tenían esas preocupaciones. La agitación en que ha vivido Barcelona durante largos meses, promovida por la propaganda de los republicanos y catalanistas que se habían citado en las urnas para librar duelo terrible; la situación violenta en que viven ambos bandos republicanos en la ciudad del Cid; los sedimentos de rencores que ha dejado en Bilbao la reciente huelga y la decepción sufrida por los republicanos madrileños al comenzar ante la junta del censo la lucha electoral, en cuya victoria vivían esperanzados, hacían suponer que ocurriría algo de extraordinaria gravedad. Pero no ha sido así; precisamente en esas poblaciones en que la tensión de los espíritus había llegado á un grado peligroso no ha ocurrido más que lo corriente: algún palo y alguna bofetada y cuando más alguna riña de esas en que dos individuos sacan las navajas para demostrar que tal candidato es superior al otro ó que

Fuentes aguanta los toros mejor que el Algabeño.

Las noticias graves han venido de donde no eran esperadas, de la pacífica Santander, de los pueblos de segundo orden y de los de tercero, en varios de los cuales se esgrimieron garrotes y navajas y se usaron para combatir.

Como resultado de tantas colisiones han quedado fuera de combate muchos electores, habiendo población en que se han registrado ocho heridos en una sola riña.

Donde las cosas han revestido gravedad mayor ha sido en Santander, donde se ha proclamado el estado de sitio. Un niño y un fraile han perdido la vida, una sociedad religiosa ha sido destruida y la tea del incendio ha mordido con su movible llama en un convento.

Jamás han afectado las elecciones españolas esos caracteres de lucha porfiada. En las de diputados se ha combatido con empeño, pero las de concejales han pasado casi siempre en medio de la mayor indiferencia.

Algo ha pasado aquí que ha variado nuestro modo de ser hasta el punto de que España no es ya la nación que conocíamos.

En la lucha política, la fiera campaña electoral que aquí se ha hecho más que europea parece americana.

CANTO AL TRABAJO

¡Lejos de mí el cañón, que cuando estalla con estampido horrífico resuena, y el proyectil que bárbaro fulmina todo lo abate en su fatal carrera!

¡Lejos de mí la espada, cuya hoja con reflejos fatídicos llama,

y al blandirla el guerrero furibundo es hoz terrible que las vidas siega!

No de Marte los triunfos y las armas cantar ni mnea arrebatada intenta; es más noble su fin; quiere al trabajo alzar un himno de entusiasmo llena.

Canta al trabajo, manantial sublime de bienes, de virtudes, de riquezas; lo que al hombre redime de su culpa, lo que le ensalza más sobre la tierra.

El trabajo es la fuente de la vida y á su ley todo el orbe se sujeta, pues todo, desde el astro hasta el insecto, es labor en la gran Naturaleza.

En el panal es miel, fruto en la planta, oro en la mina, en el molusco perla, fecunda idea en el cerebro humano y torrente de luz en las estrellas.

Toilo al trabajo se lo debe el hombre, por él del mundo sobre el haz impera, y abrazado con él la dicha alcanza que divorciado de él jamás encuentra.

Por él el grano que en el surco arroja luego es sabroso pan que le sustenta, el gusano es tejido que le cubre y el vellón lecho blando en que se acuesta.

Por él del mar con los furiosos lucha, alianza abisma, desmorona sierras, construye hogares y fabrica templos, los bosques tala y los desiertos puebla.

El da fuerzas al brazo que al martillo contra los yanques sin cesar golpea, y anima los volantes de las máquinas convertido en vapor en las calderas.

El enciende la lumbre de los hornos donde el hierro se funde como cera, y por el aire extiende los alambros que sirven de corceles á la idea.

El arrastra el arado que abre el surco en que el germen fructífero fermenta; cincela el mármol y el diamante pule, el tronco labra y el metal moldea.

El prepara el color que sobre el lienzo rasgos brillantes de hermosura deja, y él multiplica el libro en que grabado eternamente el pensamiento queda.

¡Gloria al trabajo, manantial sublime de bienes, de virtudes, de riquezas! ¡Gloria al trabajo, á cuyo auro influjo la paz domina sobre la ancha tierra!

Acatemos sus leyes redentoras; que su yugo es un yugo que no pesa. ¡El hombre que trabaja se ennoblece! ¡Pueblo trabajador se regenera!

J. Tolosa Hernández.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Dios los crea... Salmerón y Urzaiz se oponen á la subvención de capitalidad que el Gobierno quiere conceder á Madrid».

¡Nada más que esos dos!

Que se pregunto á las provincias y dirán lo mismo que Urzaiz y Salmerón.

Además, bueno es que haya alguien que se oponga, por que se promoverá discusión y de esta brotará la luz.

Porque los dos milloneros de pesetas se los calza Madrid.

Pero bueno es que se demuestre la razón de por qué se lo dan.

Dice el periódico del batallador exministro, presidente hoy del Congreso, que los triunfos de los enemigos del régimen se deben más que á nada al abandono y tradicional pereza de los encargados, muy especialmente de avivar el platonismo de gentes bien avenidas con el dulce placer de no hacer nada.

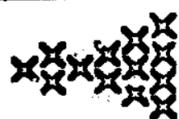
Y añade el colega por si no se sabe hacia donde dispara:

«No dudamos en la próxima celebración de un Consejo de ministros exclusivamente dedicado por el Gobierno á acordar las recompensas que es de justicia otorgar á sus gobernadores.»

Los interesados tienen la palabra.

Pero hay más aún; hay estos tres parrillos que descubren la intención de un Caim:

Por cierto que entre estos se han distinguido en la jornada de ayer los de la cepa maurista, no habiendo pasado desapercibida para mucha gente la coincidencia de



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.ª



DOS MISERIAS

338

352 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

349

en cuanto á faltar á un depósito que se le haga, el molinero Perollet es incapaz.

—¿Deveras?

—Dejadme conducir á la señora Rosalía y no tendréis por qué arrepentiros.

Los compañeros del Abadejo apoyaron esta seguridad, y aunque Rosalía hizo algunas observaciones, nadie la escuchó; la obligaron á subir casi por fuerza en el carro de Perollet después de indicar á este la posada en que debía dejarla en Versalles.

El molinero pagó su cuenta, subió al lado de Rosalía y se dirigió hacia los bosques del Sella y Saint-Cloud.

Este brusco cambio de itinerario y las pocas palabras que habían llegado á su oído unido á la facilidad con que lo confiaban á un desconocido, bastaron para indicar á Rosalía que se fraguaba un complot. Bien hubiera querido advertir al molinero que viviese alerta; pero el aire libre no había operado cambio alguno sobre el estado del molinero que obariando sin cesar no parecía dispuesto á escuchar nada; de vez en cuando dirigía á Rosalía proposiciones galantes, pero sin hilación, como hombre que no dispone bien de sus facultades mentales.

Entretanto el carro había dejado el camino, internándose por los bosques del Sella donde no penetraba

La vuelta del molinero que venia á echar el brindis de despedida les cortó la palabra. Acercáronse todos á la mesa, hubo un brindis general.

—¿A la salud de las morenas!—dijo Perollet volviéndose hacia Rosalía.—Ya sabéis que el día que os agrada de una playa en mis molinos...

—Mas vale que se la ofreciérais en vuestro carro,—esclamó Adrian.

—¿Por que?

—Porque sino se verá obligada á volver á pié á Versalles.

—¿A Versalles?—dijo asombrada Rosalía.

—El carruaje con que contábamos no ha venido... A mi no me importa porque iremos por los bosques y será mi paseo; pero para Rosalía no es lo mismo: es mala andarina.

—Pues si no es mas que eso, dádmele; Yo la llevaré hasta París, y si no toma é el camino del Sella y la dejaré en Versalles.

—Eso sería mejor,—esclamó Foureaux.

—No tal, no tal,—repuso Adrian;—el amigo Perollet se toma unas libertades con las mujeres...

—¿Cóm? ¿que creis capaz de abusar?

—Lo que he visto...

—Cualquiera es galante con una buena moza; pero

—Pues bien, sed bien venido. Otro bol de ponche, muchacho! Quiero hacer amistad con estos caballeros.

Adrian examinó rápidamente al desconocido y murmuró:

—Falta saber si ellos querrán.

—¿Por qué no han de querer?—dijo el desconocido.

—Porque no tenemos el primer reclén venido.

—¿Es decir que quereis saber mi nombre?

—Pues bien, me llamo Perollet, Francisco Perollet, tratante en harinas y propietario de tres millones, lo cual os probará que bien puedo hacer á unos caballeros el obsequio de un ponche.

Y al decir estas palabras el molinero se pegó los bolsillos de su chaleco que despistieron un sonido metálico.

El Abadejo y sus compañeros cambiaron una mirada.

Entonces aceptaremos por no desairaros.

—En hora buena; pero ¿en donde está la señora?—dijo Perollet buscando á Rosalía que había ido á sentarse junto á la ventana.—Es preciso que haga los honores de la mesa.

—Con la condición de que no le hablareis tan de cerca.